

Arte, política y activismo: nuevas confluencias

“¿Y qué pasaría si la práctica política revolucionaria tuviera que justificar los imaginarios que construye conforme a la lógica de sus propios ideales? Más que hacer uso de la sociedad como un escenario para relatos de acción cargados de ilusión (...) un movimiento revolucionario necesitaría verse a sí mismo como un escenario, a la vista de la sociedad, en el que las múltiples prácticas representadas por los ciudadanos intérpretes proporcionarán imágenes visibles de la democracia y el socialismo, que son procesos sociales (...) demasiado abiertos como para ser definidos o realizados completamente.”

Susan Buck-Morss, *Mundo soñado y catástrofe*

Desde los movimientos antiglobalización hasta las revoluciones árabes y la eclosión del movimiento indignado, se han ido sucediendo nuevos diálogos que han hecho aflorar viejas preguntas entre las relaciones que arte antagonista y política deberían tener; ya sea dentro de la institución del arte o en el campo de los movimientos sociales. Artistas que hacen activismo a través de su arte o activistas que utilizan las herramientas de la expresión artística para confrontar el sistema han puesto encima de la mesa viejos y nuevos debates sobre las relaciones, en ocasiones conflictivas, entre arte y política.

Quizás hoy, más que nunca, se nos hace evidente que la separación entre “crítica artista” y “crítica social” de las décadas pasadas, fue uno de los productos más genuinos de las derrotas del último ciclo revolucionario de los 60-70. Una separación artificiosa que sancionaba la división social del trabajo y de la propia experiencia bajo el (en aquel tiempo) “innombrable”. Mientras, con alegría posmoderna, se nos proponía una reconciliación de estas esferas a través del consumo, a la vez que se parcelaba y comercializaba en forma de “pequeños relatos” la impotencia de la crítica. Fruto de la construcción de un campo discursivo que pretendía desactivar las posibilidades antisistémicas de las luchas sociales, esta parcelación, fue el más claro síntoma de un contexto de derrota y, por tanto, de imposibilidad de las luchas para lograr articular un relato alternativo al “fin de la historia”, es decir, al capitalismo.

Por eso es tan importante subrayar que en los últimos tiempos no “solo” hemos asistido a una reactivación de la “crítica social”, sino que esta crítica, las

luchas y revoluciones que se han sucedido, ha fundado o se ha alimentado de nuevos (y olvidados) imaginarios, de nuevos (y olvidados) relatos y espacios iconográficos, de nuevas (y olvidadas) formas de participación y organización, de nuevos (y olvidados) repertorios de lucha y de intervención... en fin, de todos los elementos que conforman una “revolución cultural” en el contexto de una amplia lucha social y política. Nuevas “comunidades de sentir” que se organizan bajo un horizonte nuevo (y olvidado), a saber: es más urgente que nunca buscar una alternativa a la barbarie capitalista como principio organizativo de la vida.

Este plural, por tanto, querría abrir un espacio de reflexión y diálogo, a través de las experiencias de algunos de sus protagonistas y relatores, sobre cómo las luchas estéticas han contribuido y están contribuyendo (desde “dentro y fuera” de la lucha social) a abrir este nuevo y olvidado horizonte.

Así, en “La revolución al servicio de la poesía. Luchas estéticas y producción de subjetividad”, **Maite Aldaz** y **Aurelio Sainz Pezonaga** abren el *Plural* partiendo de una distinción entre dos concepciones fundamentales que han informado las relaciones entre arte y política a lo largo del siglo XX. Por una parte, la idea de que el arte debería ponerse al servicio de las luchas políticas que se libran en “otro lugar” y, por otra parte, aquella concepción que entiende que el mismo arte ha sido atravesado históricamente por esas mismas luchas, por un antagonismo constitutivo que abre un campo político específico.

A partir de aquí, Maite y Aurelio nos ofrecen un repaso de cómo se ha entendido este “antagonismo constitutivo del arte” en diferentes momentos, reflexiones y proyectos del siglo XX y cómo se ha puesto en relación con la otra concepción, la del arte político comprometido con luchas no estéticas. Desde la crítica situacionista que introduce el “antagonismo estético” en el mismo centro de las luchas sociales (la “revolución cultural”) o la “crítica institucional” del arte, y la extensión potencial de esta crítica a otros campos sociales pasando por el arte feminista y su crítica de la representación en los años 70 y 80... todo ello hasta desembocar en las prácticas de confluencia entre arte, política y activismo que han informado los últimos ciclos de movilizaciones sociales que hoy estamos viviendo.

En “La potencia de la cooperación. Diez tesis sobre el arte politizado en la nueva onda global de movimientos” nos encontramos con un texto necesario, un texto de “urgencia” escrito al calor del estallido de las revoluciones y sublevaciones que han inaugurado el nuevo ciclo de luchas desde 2011. En forma de decálogo **Marcelo Expósito** nos propone unas líneas de acción y reflexión estratégica que puedan desentrañar las lógicas subyacentes de las prácticas actuales del arte politizado. Evitando el doble escollo del academicismo y de las inercias “artistas” (“que en muchas ocasiones toman el movimiento social como una sala de exposiciones donde meramente mostrar la producción de individuos o grupos identitarios”) Marcelo parte de la doble “matriz” del

activismo artístico de las décadas de 1980-1990 y de las vanguardias históricas de la época de entreguerras (así como de los principios de “una teoría estética materialista” que surgen por esta misma época) para conformar una visión sobre las actuales “politicidades del arte” que nos permita estar a la altura de una exigencia que, para el artista y activista de este decálogo, es ante todo de orden revolucionario: “creo que nos encontramos en un momento en el que la alternativa entre democracia o barbarie tiene la oportunidad tangible de decantarse en el sentido de nuevas revoluciones democráticas desde abajo”.

“Un encapuchado lanzando un cóctel de flores” es el título-homenaje al grafitero anónimo *Banksy* que **Daniel García Del Blanco** y **Carlos Chávez** utilizan para encabezar su artículo y subrayar así, desde el primer momento, dos aspectos recurrentes que distinguen las formas de intervención artística desde los movimientos antiglobalización hasta nuestros días: el humor y el anonimato, la utilización y “desvío” de los lenguajes del sistema para subvertirlos o llevarlos al absurdo.

El artículo nos proporciona un auténtico mapa y a la vez un marco reflexivo para orientarnos en los innumerables grupos y experiencias de guerrilla comunicacional y en los debates y las luchas que las han animado. El debilitamiento de la idea de “autor original”, la lucha contra el *copyright*, las nuevas formas de autoría colectiva y compartida a través del *copyleft*, el papel de las nuevas redes sociales, el 15M y la utilización de los dispositivos propagandísticos del propio sistema para subvertir su relato, las nuevas formas de comunidad y de organización que funda la intervención artística, la explosión de arte urbano durante la primavera árabe, experiencias de guerrilla comunicacional en Grecia, Alemania...

El *Plural* continua con “Memoria colectiva, arte y ciudad”, el texto de **Antonio Ontañón Peredo** que nos ofrece un magnífico análisis donde podemos verificar (esta vez desde el prisma de la intervención artística en el terreno de la memoria histórica y su relación con el espacio urbano) el proceso de repolitización antagonista de las prácticas artísticas al que venimos asistiendo durante los últimos años y al que nos venimos refiriendo en estas líneas introductorias.

Después de enmarcar el concepto de memoria colectiva en la organización simbólica de la ciudad y su carácter conflictivo entre las diferentes memorias y los diferentes grupos que pugnan por ella, Ontañón analiza tres propuestas de intervención artística recientes que plasman, desde distintos planos, el carácter central que debe tener para cualquier lucha emancipadora la reapropiación de las memorias colectivas de las y los de abajo y, por ende, del espacio urbano que las codifica y organiza materialmente.

“Poesía: Discurso crítico y acción antagonista”. En este texto el poeta y activista **Alberto García-Teresa** nos introduce de forma rigurosa y brillante en las coordenadas de una práctica poética de confrontación que trasciende los lugares comunes y las visiones al uso. Más allá de visiones salvíficas y

redentoras autosuficientes, superando falsas dicotomías, Alberto resitúa y problematiza conceptos como “instrumentalización” y “autonomía” de la poesía para dar cuenta de los distintos registros y funciones de la poesía en general y de la poesía crítica en particular. Nos habla sobre el papel activo que adquiere el lector en toda poesía crítica; sobre la “caja de herramientas” que supone la poesía para descifrar y confrontar los distintos elementos literarios y retóricos que “apuntalan las estructuras de dominación y sumisión” del sistema; del papel que puede jugar la práctica poética en la propia transformación de las conciencias; explorando las posibilidades de la acción poética más allá del libro impreso o el recitado, etcétera. En definitiva, Alberto nos muestra desde una perspectiva multidimensional cómo el “trabajo simbólico”, el “decir y hacer poético antagonista” es una herramienta tremendamente “útil” para la transformación personal y social, siempre y cuando no perdamos nuestro “anclaje con lo real”, con nuestro compromiso militante para transformar el mundo.

Arte, agitprop y activismo en el movimiento *Occupy Wall Street*

Hemos puesto bajo un mismo epígrafe la presentación de los dos artículos que cierran este *Plural*. Pues tanto **Leina Bocar** como **Tomi Tsunoda** son dos artistas americanas que tomaron contacto o participaron con el movimiento *Occupy* que empezó en 2011 en el Parque Zuccotti en el bajo Manhattan. Y aunque abordan el mismo fenómeno y sus consecuencias bajo diferentes prismas, creemos que el diálogo que se genera de la lectura consecutiva de ambos textos puede ser muy productiva para abordar dilemas y retos que se pueden presentar a cualquier trabajador cultural y activista.

Tomi Tsunoda reproduce una carta abierta que escribió en octubre de 2011 a raíz de su toma de contacto con el movimiento. En esta carta asistimos a una interesante radiografía crítica sobre algunos aspectos de la cultura americana a la vez que a una reflexión sobre los problemas o dudas a los que se puede ver enfrentado cualquier trabajador cultural ante la decisión de adaptar de una forma directa su actividad a las necesidades y urgencias de un movimiento social o político. Por su parte Leina Bocar nos explica su experiencia como artista y activista en el movimiento *Occupy* y hace un repaso de los grupos de trabajo artístico y cultural que se conformaron en aquellos días así como de sus ámbitos de intervención para, luego, seguir sus ramificaciones hasta el día de hoy.

No querríamos cerrar esta presentación sin agradecer la ayuda y participación de **Nina Causa**; sin ella, este último apartado que cierra el *Plural* en forma de necesario diálogo, no hubiera sido posible.

Marc Casanovas, editor